

**JUAN DURAN LUZIO.** Chileno. Profesor de Castellano por la Universidad de Chile, de la que también fue profesor. Se doctoró en literaturas románicas en la Universidad de Cornell, Estados Unidos, país en el que fue profesor de la Universidad de Harvard. Además de diversos trabajos suyos aparecidos en revistas internacionales especializadas, ha publicado los libros *Literatura y utopía en Hispanoamérica (1972)*, *Prosa y poesía renacentista (1978)* y *Creación y utopía. Letras de Hispanoamérica (1979)*, este título en las prensas de la Editorial de la Universidad Nacional, de la que es profesor en la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje.



**EL CONTEXTO HISTORICO  
DE EL RECURSO DEL METODO**

**JUAN DURAN LUZIO**

La novela *El recurso del método* transcurre en su mayor parte en un país hispanoamericano que tiene costas en ambos océanos, que está localizado a sólo un par de días de navegación desde La Habana y en el cual la United Fruit Company posee extensos dominios; en su escudo patrio puede verse la imagen del Volcán Tutelar, “antigua Morada de Dioses”. Al comienzo de la narración el país es gobernado por un presidente autoelegido que, si no gusta nada de la democracia, gusta mucho de París; pero, cualquiera sea la nación en referencia, interesa más al propósito de este análisis confirmar que la obra se desarrolla, aproximadamente, entre 1912 y 1932.

Durante el primer decenio de esos veinte años el Primer Magistrado ejerce el poder autoritariamente, desplegando todos los recursos de su método; en esa época vive y enfrenta situaciones que conciernen a toda Latinoamérica. En el discurso de la novela se incorpora una variedad de hechos documentables en el discurso de la historia de entonces. La obra, al recrearlos, al asumir sobre ellos una actitud analítica, al reelaborar un mundo donde esos hechos tuvieron lugar, corrobora y define su naturaleza histórica. Por ello importa menos identificar en el mapa el país que gobierna el Primer Magistrado que observar la magnitud con que tales acontecimientos

afectan la vida hispanoamericana del presente siglo. La novela describe con visos válidos para cualquier país del *acá* el ingreso de nuestra América en la contemporaneidad.

La obra no recurre al apoyo documental explícito, pero en su prosa se diluyen otros textos de origen no ficticio que perfilan la época. El fin de esta intertextualidad es dar fundamento más sólido a un cosmos que, pretendidamente ficticio, “no falta un punto a la verdad”, como dice Cervantes. El texto se considera, pues, “como un sistema que no se basta a sí mismo y que debe remitirse al medio envolvente” (Kristeva); es claro que en este análisis se acentúa la referencia al medio temporal más que al geográfico.

La novela sitúa cuidadosamente claves que señalan el tiempo exterior: comienza hacia fines del año 12 o principios del 13; así nos enteramos, pues el Primer Magistrado, pensando en sus diversiones prostibularias, recuerda que le falta por visitar la reconstrucción de un camarote del Titanic, “que parecía marcado por la inminencia del drama”. En esos días vuelve a su patria para “tronar” a Ataúlfo Galván y confirmar su rango con unas elecciones fraudulentas; luego regresa a Europa, donde le esperan ciertos periodistas que se han enterado de sus atrocidades en



Nueva Córdoba, y en tratos con ellos estaba “cuando sonó el pistolazo de Sarajevo, seguido de los disparos que en *Café du Croissant*, mataron a Jaurés”, nos encontramos a mediados de 1914. Después se sabe del alzamiento del general Hoffman, lo que obliga a otro regreso súbito. Vueltas las cosas al orden que impone el señor Presidente, cobra lugar el apogeo de la dictadura; dos pasajes sitúan los años 16 y 17: el primero encierra una mención admirativa del Primer Magistrado acerca de su amigo Estrada Cabrera, “que ya —dice— lleva dieciocho años en el poder”; el segundo muestra a un Dr. Peralta eufórico porque los alemanes han hundido el *Lusitania* (*Vigilencia* en la novela) precipitando el ingreso de los Estados Unidos en

## ta guerra.

La guerra termina y se agravan para el mandatario criollo los problemas de gobierno; finalmente cae derrocado y se traslada a un cómodo exilio en París. Mientras se decide a escribir sus memorias pasa el tiempo, de pronto se sabe que transcurre mayo de 1924, cuando “el reciente asesinato de Matteotti... ha remozado su admiración por el fascismo”. La salud del ex-Mandatario declina, pero antes del fin tiene una sorpresa mayor, que sirve también para determinar el contexto temporal: se trata de la presencia de El Estudiante en Notre-Dame. El joven líder no se encuentra allí ni “desterrado”, ni “expulsado”, ni “escapado” como suponen el *Ex*, el cholo Mendoza y Elmirita; el narrador señala que El Estudiante va de paso hacia la “Primera Conferencia Mundial contra la política Colonial Imperialista, que mañana 10 de febrero se abrirá en Bruselas, bajo la pre-

sidencia de Barbusse". En efecto, Henri Barbusse presidió el Primer Congreso Mundial contra la Guerra y el Fascismo, que se reunió, no en Bruselas, sino en Amsterdam en 1932. Pocos días después de esa fecha muere el Primer Magistrado.

Es preciso considerar ahora a este gobernante en el ejercicio del poder para percatarse de la mucha responsabilidad que le cabe por las condiciones claramente desventajosas bajo las cuales su país ingresa a la vida moderna. El Primer Magistrado, el dictador o la dictadura aparecen como instituciones apropiadísimas para consolidar la nueva relación de dependencia neocolonial que ha caracterizado en el plano internacional a las naciones latinoamericanas. El centro de dominio económico, que durante el diecinueve estuvo localizado en Londres y París, con el nuevo siglo se trasladada a Washington y Nueva York; como este cambio toma lugar a través de situaciones nada abstractas para el *acá*, es preciso detenerse en sucesos que, presentados bajo la apariencia de lo ficticio, ilustran cabalmente un desarrollo histórico que vale tanto para el país del Primer Magistrado como para el resto del continente. Y se sabe que no es cuestión de este o aquel gobernante; que no se trata de casos particulares porque la administración del Dr. Luis Leoncio Martínez, más tarde, no irá mejor, dominada rápidamente por los empréstitos y exigencias de aquellos que ayudaron a ponerlo en el mando. Volverá el pueblo a reclamar sus derechos, los estudiantes se preparan para nuevas ofensivas, volverá la represión. Esta improductiva mecánica política rige por esos años en buena parte de Hispanoamérica.

No señalar un país en especial permite a la obra delinear y precisar una verdad supranacional que convierte a sus personajes en arquetipos; pero, acorde con la rigurosidad histórica que la guía, tales arquetipos no pueden provenir de una simple suma de características comunes. Al contrario, todo en la novela pareciera emanar de un hecho individual capaz de representar las vicisitudes que vivían las naciones del continente. Por ello, algo debe indicar el extraordinario parecido del Primer Magistrado con un hombre que, como él, llegó al poder por las armas y se mantuvo gobernando con mano de hierro hasta que así lo quiso la Casa Blanca; también como él, salió en calidad de General en Jefe a combatir asonadas de "revoltosos". Ambos disfrutaron de la bonanza de la Guerra Mundial y sufrieron la crisis posterior; ambos hicieron negocios oscuros con compañías norteamericanas, y cuando la oposición aceleró sus caídas, cambiaron el mando por el tranquilo exilio parisiense, y allí murieron hacia 1931. Hago notar que los restos del gobernante *real* no quedaron en el cementerio de Montparnasse, como los del *Ex*, sino en el de Pére Lachaise; en todo caso, so-

bre las tumbas de ambos se alzaban, igualmente, sendas imágenes de la Virgencita Patrona Nacional. El Primer Magistrado *verdadero* se llamó Federico Tinoco Granados, y gobernó la República de Costa Rica entre enero de 1917 y agosto de 1919.

Con el propósito de destacar la calidad histórica de la novela se propone seguidamente la situación sociopolítica de Costa Rica entre los años recién mencionados como el caso específico a partir del cual es documentable la creación de un arquetipo válido para el resto del continente. Así, se podría localizar en una geografía y en una época determinadas el contexto histórico de *El recurso del método*, pero, por la riqueza de sus alcances, se revelan como insuficientes los estudios tradicionales de fuentes y claves. La fuerza histórica de la novela se manifiesta en su capacidad para recrear épocas tanto como regiones; sin embargo, los hechos acaecidos en Costa Rica —y los documentos que los registran— serán traídos a cuento para apoyar la tesis de que la novela no inventa nada nuevo; su interpretación demanda principalmente un acto de rememoración de la historia continental.

Al precisar una zona se contribuye a enmarcar la obra dentro de las categorías que Alejo Carpentier ha llamado “los contextos”. Como en las otras novelas del autor, el texto de *El recurso del método* es una formulación —y ejecución— de esos varios contextos que, “cabalmente latinoamericanos” definen al hombre y a la cultura del continente. Tienen, para el objetivo de estas notas, especial importancia dos de los contextos que señala el autor: el económico y el político. En la obra, el primero aparece ilustrado centralmente a través de la presencia de Estados Unidos y sus compañías multinacionales, las que, por la magnitud de las concesiones que logran, son los medios más eficaces para asegurar las nuevas formas de dominación. El contexto económico se ve igualmente en vigencia cuando lo relativo a la Guerra Mundial, porque este hecho, además de remover encontradas pasiones, significó para el *acá* un cataclismo del que también salió triunfante el gran ganador de los campos de batalla europeos: Estados Unidos.

Pero, ¿de qué modo todas esas tendencias que pertenecen al ámbito de la economía corresponden a la verdad del texto ficticio? Ciertamente que no se ven ajenas en él debido a la firme organización historiográfica de la obra: ésta faculta el encuentro de textos de los cuales es síntesis el discurso de la novela. Así, podría afirmarse que *El recurso del método* logra completar, por proceso de integración, los vacíos que se producen entre cada una de las ramas de una historia por naturaleza segregativa. El tra-



tamiento del contexto económico, por lo tanto, logra un matiz que los tratados sobre la economía de nuestros países, en general, no alcanzan: el de corroborar que el nuevo dominio no era solamente mercantil, sino cultural, y que se cumplía por razones de variadísima índole.

La novedosa Querrela de las Investiduras con la que se abre el capítulo V desarrolla el inicio de la vigencia de un nuevo credo para la América Latina. Pocos años antes Darío se había preguntado si tantos millones de hombres íbamos a hablar inglés; claro, todo era cuestión de empezar por ese *ei... bi... ci... di...* con que se abre el capítulo mencionado. La United Fruit Company, a cambio de generosas porciones del suelo patrio, ha proveído con agrado y prontitud al Primer Magistrado de armas para que elimine a sus enemigos y, sin embargo, después será el mismo embajador de los Estados Unidos el que viene a exigirle su renuncia: tarde

advertía el Primer Magistrado cuán relativa era, en verdad, la independencia de su país. Los pesados adjetivos de su oratoria de nada servían ante esa terrible evidencia. El hecho no es exagerado; al contrario, puede ser precisamente ilustrado en la realidad: no es la United Fruit Company de Boston la que entra en comprometedores negocios con Federico Tinoco, sino The Costa Rica Oil Corporation de Nueva York. Los adversarios de ambos gobernantes reclamarán con justicia que en los dos casos el beneficiado por esos acuerdos no fue el país sino únicamente el Supremo Patriarca; y los presidentes podrían contestar con el falso pero oportuno razonar del Primer Magistrado: era imposible no ceder ante “las apetencias —inevitables, querámoslo o no, por razones geográficas, por imperativos históricos— del imperialismo yanqui”. Claro que ese imperialismo era mucho más fuerte que estos gobernantes débiles: era la fuerza capaz de crearlos, pero también de tumbarlos.

Woodrow Wilson nunca gustó de Tinoco; éste, al igual que el Primer Magistrado, agotó los recursos de conciliación; así, declaró rápidamente la guerra a Alemania para congraciarse con Washington. Pero fueron esfuerzos inútiles porque Wilson le negó consistentemente el reconocimiento oficial al gobierno de facto de Costa Rica, dejándolo de ese modo fuera de los empréstitos gubernamentales. El Primer Magistrado, con todo lo que se empuñó su hijo Ariel —embajador ante la Casa Blanca— tampoco logró convencer a Wilson; en eso fue más eficaz el Dr. Luis Leoncio Martínez. A propósito, un paréntesis que vuelve a ilustrar más “coincidencias”: el mandatario depuesto por Federico Tinoco buscó asilo en el consulado de Estados Unidos en San José para desde allí viajar a Washington a interceder ante los grandes, tal como lo había hecho el Dr. Luis Leoncio Martínez.

La virtud recreativa de la novela no se ocupa solo de las grandes tendencias de nuestra historia:

el discurso vivo de la época pasa igualmente a constituir parte de su propio texto; desde el lenguaje de los anuncios de periódicos hasta el de las proclamas políticas, incluyendo la encendida palabra tribunicia y adjetival que tanto usaron Tinoco y el Primer Magistrado, o cualquier otro gobernante ilustrado de entonces; así, más allá de lo regional, el lenguaje de la novela es el de su tiempo. Y como hablamos de periódicos, conviene recordar ahora un pasaje de **El recurso del método** acerca de cierto periódico que le causó al Primer Magistrado un violento disgusto: una mañana llegó a sus manos un ejemplar del **New York Times**, en el cual comenzaba una serie de cuatro artículos que denunciaban, recurriendo a datos irrefutables los oscuros manéjios del Presidente y sus allegados. Como nada en la novela es invención, bastará cambiar uno que otro detalle para volver a confirmar la calidad de sus alcances históricos; en efecto, el **New York Herald** publicó entre el 18 y el 23 de noviembre de 1918 una serie de seis artículos denunciatorios, documentados y prolijos, en contra del régimen de Federico Tinoco y de su ilegal modo de llegar al poder. Baste decir que el primero de la serie se titula “Se descubre que la revolución de Costa Rica tuvo origen en el soborno”. Podemos ver en la furia del Primer Magistrado al leer los artículos la furia del Presidente Tinoco. Más adelante en ese primero de la serie se lee: “Las revelaciones, probablemente las más sensacionales de cuantas se hayan hecho hasta ahora en el azoroso proceso de filibusterismo comercial en la América Latina, están basadas en pruebas documentales”. Claro, se trata de volver a leer los documentos porque al examinar los textos de la historia a la luz de la novela y viceversa, se advierte la gran misión que acomete un escritor como Alejo Carpentier: su pluma presta auxilio a una historiografía parcial, vergonzosa y voluntariamente desmemoriada que prefiere dejar de lado ciertos momentos opacos aunque bastante importantes de la crónica de nuestro continente. En suma, la verdadera historia de Hispanoamérica se revela cuando junto





al documento de carácter histórico se sitúa una gran obra literaria: de tal intertextualidad se origina el discurso de lo que debería llamarse la Verdadera Historia de la Cultura Hispanoamericana.

Los ataques por escrito conmueven tanto a las dictaduras como las asonadas armadas; por ello la represión no se deja esperar: confiscar ediciones es un trámite tan simple como la destrucción de una imprenta, hechos ambos documentables en la Costa Rica de Tinoco y en el país del Primer Magistrado. Los nombres de Ataulfo Galván y del General Hoffmann nos recuerdan el precio que se paga cuando se desobedece al poder absoluto: del cadáver del primero se encargaron los tiburones del Surgidero de la Verónica; al militar germanófilo se lo tragaron las tembladeras de la zona sur. Para el dictador, muchos años en el poder significan muchas muertes, y si bien Tinoco Granados gobernó sólo por treinta meses, usó de la represión con los mismos fines y hasta con los mismos medios del Primer Magistrado. Ante las balas de sus esbirros cayeron intelectuales, trabajadores y patriotas. Recordemos el nombre del escritor y periodista Rogelio Fernández Güell asesinado en las selvas de la zona sur, cuando buscaba la frontera con Panamá. (El nombre de este intelectual democrático es, por ahora, secundario en nuestra historia continental, pero lo señalo, porque en momentos que se lucha victoriosamente contra las dictaduras, su nombre se juntará mañana con el de aquellos que, como él, han dejado su vida por la libertad y dignidad del hombre iberoamericano).

El gobierno de Tinoco presenció, como el del Primer Magistrado, las primeras huelgas generales de trabajadores y estudiantes; a su caída la preceden también días de agitación popular y de cortinas metálicas que se niegan a abrir. Todo indica un final semejante; se impone viajar al extranjero. Tal como hace el Primer Magistrado luego de la campaña contra Ataulfo Galván, solicitar permiso para salir a “recuperar su muy necesaria salud”, lo hace Federico Tinoco; así lo afirma un decreto gubernamental del 10 de agosto de 1919 que dice: “Concédese licencia al señor Presidente don Federico Tinoco Granados para separarse de sus funciones y ausentarse del país por el tiempo que según las circunstancias fuese necesario para el restablecimiento de su quebrantada salud”. Al documento sólo habría que cambiarle el nombre propio para afirmar aquí que era el concedido al Primer Magistrado; es la novela, otra vez, la que ayuda a completar el sentido de los hechos históricos.

Como la salida del Primer Magistrado ha sido, por ahora, victoriosa, debe retornar después para enfrentar a Hoffmann; pero el *Ex* costarricen-

se opta por permanecer en París, por lo que él iba a llamar “mi plácido retiro”. Es preciso señalar que, aun cuando no se benefician mayormente con los derrocamientos, las fuerzas que han participado más maduramente contra la dictadura son aquellas que representa El Estudiante, aquellas que luchaban contra la dictadura porque comprendían que, además de ser intolerablemente represivas, eran las ejecutoras de la nueva dependencia.

Pero finalmente van pasando los años del poder y de las campañas estudiantiles y tanto el *Ex* Primer Magistrado como Federico Tinoco como Alejo Carpentier dirigen sus pasos a París. ¿Se cruzó el joven cubano en su camino por la Ciudad Luz con alguno de esos hombres? ¿Tuvo ocasión de leer las memorias que Tinoco escribió —con la ayuda tal vez de algún Ilustre Académico— y publicó en París en 1928 con el título de *Páginas de Ayer*? Acaso se miraron pasar en las inmediaciones de Notre-Dame. Como sea, lo cierto es que la novela indaga lúcidamente en la dinámica de las corrientes que moldearon una época de capital importancia en nuestra historia; los hechos en los que se apoya su construcción son incuestionablemente verídicos. Coincidencias entre novela y contexto histórico podrían multiplicarse ampliamente y bastante más allá de lo relativo a Costa Rica porque prácticamente todos los sucesos novelados tienen una contraparte que afianza su condición histórica.

El recurso del método es, así, una literaria pero verdadera historia de esos regímenes que sellaron el oneroso pacto neocolonial al que, con el siglo, ingresaba nuestra América. He aquí una obra escrita en la gran tradición documental de las letras hispanoamericanas. Su lectura es enseñanza porque sobre todo aspira a la verdad. Terminemos, pues, recurriendo a unas palabras del propio Alejo Carpentier que contribuyen a corroborar lo expuesto; dice: “Soy absolutamente incapaz de ‘inventar’ una historia. Todo lo que escribo es ‘montaje’ de cosas vividas, observadas, recordadas y agrupadas, luego, en un cuerpo coherente. Así, *El recurso del método* responde a verdades, hechos, casos observados durante mi ya larga vida, y cuanto más inverosímil le/s/ pueda parecer un acontecimiento, puede/n/ usted/es/ estar seguro/s/ de que es tanto más cierto”.